

LA MEDIADORA



JESÚS SÁNCHEZ ADALID

Es muy probable que la historia que se cuenta en esta novela, la de Mavi y Agustín, nos toque muy de cerca. Su divorcio engrosa esa estadística que dice que España es el quinto país del mundo por número de divorcios. Por mucho que la suya sea una historia común, repetida miles de veces, tampoco en su caso, como en el de nadie, la estadística les había preparado para la sensación de fracaso, el rencor y la incertidumbre que acompañaron a su ruptura. ¿Cómo es posible, se preguntan, nos preguntamos todos, que dos personas que han compartido tanto —hijos, techo, ilusiones y sinsabores— hayan roto sus puentes de una manera aparentemente irreparable?

Jesús Sánchez Adalid sorprenderá a sus lectores con una narración muy alejada de sus exitosas novelas históricas. Un relato aparentemente sencillo pero imposible de soltar, cuyos personajes apelarán directamente al corazón de los lectores, a los que harán reflexionar sobre la necesidad de llegar a acuerdos para conseguir perdonar: un requisito imprescindible cuando se quiere vivir en paz.

*A mis queridos compañeros y compañeras de la
octava
promoción de la licenciatura de Derecho
de la Universidad de Extremadura
en Cáceres (los felices años 1980-1985).*

«No podemos cambiar nada hasta que lo aceptamos.
La condena no libera, oprime».

CARL G. JUNG

PRIMERA PARTE

VOY DETRÁS DE TI

UNO

El 22 de junio, a las siete de la tarde, un coche negro, marca Audi, circula alegremente por una apartada carretera del norte de Extremadura. A derecha e izquierda, el incipiente verano hace amarillear la hierba de los campos; el paisaje presenta la amenidad verde de las encinas carrascas y, a lo lejos, las laderas de una sierras pobladas de jaras. Un cielo transparente deja que el sol se apodere de todo y llega a tenerse la impresión de que se ve el calor... El coche, rompiendo la armonía del paisaje, abandona la carretera y se adentra un trecho por una pista de tierra, descendiendo por una pendiente cada vez más pronunciada, levantando polvo tras de sí. Un instante después, aparece al frente la anchura quieta y bruñida de un pantano. El camino finaliza en la orilla. El coche se para. Se abren las puertas y salen del interior un hombre y una mujer, sonrientes, eufóricos. Contemplan el encantador panorama: el agua que destella inmóvil, las orillas solitarias y pensativas, algunos ánades que revolotean a lo lejos, las laderas de los cerros que se precipitan sobre la hondura de la cuenca del embalse... El aire está detenido, todo es silencio y calma. El hombre y la mujer se abrazan, se besan y hablan algo entre ellos. Un momento después, se quitan toda la ropa con frenesí, entre risas, como si fueran chiquillos. Aunque ella, no obstante la firmeza de su cuerpo armonioso y sonrosado, descarnado a fuerza de dieta, es apreciablemente madura, cincuentona. Él será unos diez años más joven. Pero si alguien les estuviera viendo allí, desnudos bajo el sol de la tarde, tal vez pudiera llegar a pensar que ambos tienen la misma edad...

Y no sospechan siquiera que son observados en secreto... Desde lo alto, les mira un hombre de estatura mediana, cabeza redonda, pelo ralo, perilla y gafas, apostado tras unas rocas, a unos cien metros de la orilla; sudoroso, sofocado, pues hace tan solo un momento que estaba caminando deprisa por la misma pista, tragándose el último rescoldo del polvo dejado por el Audi, tras apearse de un taxi que le seguía a distancia. Y ahora permanece muy quieto, mientras espía todos los movimientos de la desnuda pareja: cómo se zambullen a la par en el agua, entre albórbolas de felicidad, chapoteos, arrumacos y juegos pueriles.

En una primera impresión, se pensaría que el observador es un simple voyerista que ha ido detrás de ellos con el único propósito de darse gusto viéndoles bañarse en cuecos; o peor aún, que sus intenciones son tal vez de índole más perversa. Pero, a pesar de que pone gran empeño en ocultarse y no quitar ojo, en el rostro de aquel hombre no hay asomo de lujuria, ni en su mirada centellea una curiosidad insana o malévola. En su expresión se adivina más bien abatimiento, fatiga, evidente dolor...; y en sus ojos, el único brillo que hay es el de las lágrimas contenidas. Es sin duda un espía afligido, derrotado, al que castiga el sol de aquella ardorosa tarde de principios del verano, y que, seguramente, también quisiera arrancarse la ropa resudada y lanzarse en el agua fresca, como esos enamorados a quienes acecha, no sabemos todavía por qué extrañas razones.

Transcurre un tiempo indeterminado, en el que prosiguen los chapuzones, las risas y las conversaciones de la pareja que está inmersa hasta el ombligo, sin que pueda entenderse en la distancia ninguna palabra de lo que hablan. Pero más tarde la mujer empieza a nadar hacia la hondura del pantano, a estilo crol, lanzando alternativamente los brazos, de manera rápida y delicada; batiendo con perfección las piernas; se desvía veloz y se hace pequeña su cabeza oscilante a medida que se aleja, entre plateadas salpicaduras, dejando una estela de espumas y serpenteos.

De momento, su compañero se queda como perplejo, viéndola separarse de él con habilidad de sirena. Pero enseguida reacciona y echa a nadar tras ella, si bien con menor elegancia, con brazadas que parecen torpes manoteos y patadas al agua. Hasta que los dos están pronto como a quinientos metros de la orilla.

Entonces el mirón se endereza en el escondrijo; estira el cuello, aguza la vista; diríase que está suspenso, pues tal vez no se esperaba aquella intrepidez natatoria en ellos, y acaba poniéndose en pie, con la mano haciendo de visera para ver mejor lo que sucede en el agua resplandeciente. Y agitando la cabeza, en evidente señal de consternación, acaba murmurando para sí:

—Loca, está loca, loca de remate... ¡Ya le daré yo lo que se merece!

Luego se arroja con rápidas zancadas por el camino, ladera abajo, hacia el coche. Lleva el semblante extrañamente perturbado, con una alteración que le aporta un aire de trastorno, como un trance, que el brillo del sudor acentúa. Quien le viera así, con los ojos delirantes fijos en el punto donde la pareja sigue nadando, pudiera suponer que va a echarse al agua tras ellos, quizás para tratar de hacerles volver, por miedo a que pueda pasarles algo, para socorrerlos... o quién sabe con qué propósito. Sobre todo porque aquel agitado hombre, entre jadeos, sigue murmurando:

—Loca, loca de remate... ¡Ahora verá!

Pero lo que pasa a continuación hace pensar en motivos muy diferentes. A todo correr, va directamente a las piedras donde los bañistas han dejado sus cosas y recoge todo cuanto allí hay: las ropas, un bolso y un sombrero. Luego carga con todo ello hacia el coche y entra en él. La llave está puesta; arranca el motor, mete la primera y maniobra en un escueto espacio llano, con violentos movimientos del volante, haciendo que derrapen las ruedas mientras obliga a dar la vuelta al vehículo. Apenas un minuto después está conduciendo cuesta arriba, demasiado deprisa, por el pe-

dregoso camino, levantando una polvareda grande, sin ni siquiera volverse para ver qué hacen aquellos a quienes ha dejado nadando en el medio del pantano, completamente desnudos, aquel día 22 de junio.

Mientras cae la tarde, el Audi deja la pista y coge la carretera en dirección oeste, recorriendo entre cerradas curvas y en sentido contrario la ruta por la que vino hasta allí. Mientras conduce, el hombre de la perilla se echa a reír de repente como un loco.

—¡Ahora verán qué sorpresa! —exclama—. ¡Que se jodan! ¡Que se jodan, coño! ¡Que les den...!

Acelera hasta llegar al cruce con la autovía y se adentra en ella, tomando ahora la dirección sur. Parece contento, no obstante seguir sulfurado. De vez en cuando sacude la cabeza y dice como para sí:

—Me gustaría ver sus caras... A ver qué hace ahora la muy... ¡Que se joda! —Y vuelve a reír con forzadas carcajadas.

* * *

Dos horas después, el Audi negro está recorriendo el centro de Cáceres. Se detiene en un semáforo y después gira a la derecha, metiéndose por una avenida que empieza a subir. El conductor conoce bien el recorrido, lleva el volante con seguridad, de forma mecánica, siguiendo siempre cuesta arriba, por una calle y luego por otra y por otra, cada vez más estrechas. Llega luego a una plazoleta llana y allí empieza a bajar. Hay poco tráfico y el sol, al frente, declina ya moleestamente con amarillos reflejos, creando sombras alargadas en todas partes. Medio deslumbrado, aquel hombre llega al fin a lo que parece ser su destino y se dispone a aparcar en un callejón estrecho. Pero, de repente, ve destellar las luces azulencas de un coche de la policía un poco más adelante y oye el estridente ruido de la sirena.

—¡Me cago en...! —exclama, dando un puñetazo en el salpicadero—. ¡Ya están estos aquí!

Frena y ve venir a dos policías presurosos por en medio de la calle, dándole el alto, poniéndose delante del coche.

—¡Aparque, caballero! —le ordena con autoridad uno de ellos, mientras le señala con la mano un espacio libre a su izquierda.

El conductor del Audi hace lo que le dicen. Ahora parece consternado, serio, amargado. Baja el cristal de la ventanilla y permanece sentado dentro del coche como a la espera.

—¿Es usted don Agustín Medina? —le pregunta el policía con gesto adusto.

—Sí.

—Pues salga del vehículo, caballero.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque debe acompañarnos a comisaría.

—¿Eh...? ¿A comisaría? ¿Por qué motivo? ¿Qué he hecho yo?

—Deme su documentación, por favor, caballero.

—¿Mi documentación? A ver, dígame primero de qué se me acusa, agente.

—Caballero, primero debe darme su documentación, según el artículo 20 de la ley sobre protección ciudadana.

—No hace falta que me cite la ley —contesta él, mientras sale del coche—. Dígame si he cometido alguna infracción.

—Debe seguirme, caballero —dice el otro policía—. En la comisaría se lo explicarán todo. Haga el favor de no ponernos más difíciles las cosas.

DOS

A las diez y media de la noche de aquel 22 de junio todavía no ha anochecido del todo, aunque hace ya rato que el sol se ha puesto por detrás de la parte más alta de la ciudad vieja de Cáceres. Un taxi recorre la vía de circunvalación por el norte y vira en una rotonda para adentrarse en el casco urbano. Sentada en el asiento trasero va una mujer madura, de natural buen porte, a pesar de que, aunque parezca extraño, viste un holgado y típico mono de trabajo azul y calza unas chanclas pobres que también le quedan demasiado grandes. Como se habrá vislumbrado, es aquella a quien hace más de tres horas dejaron nadando desnuda junto a otro hombre en el pantano, en medio de un agreste y solitario paraje. Ahora regresa a su casa sola, en taxi, con evidente consternación en su semblante y un ligero resto de rímel corrido bajo el ojo izquierdo, prueba de alguna lágrima vertida.

Cuando el taxi se detiene en un semáforo, ella levanta su mirada hacia la altura de las torres y los campanarios repletos de cigüeñas: una visión fascinadora, con la majestad divina de aquellas siluetas de ensueño, entre sombras y luces, bajo la túnica violácea del ocaso. Luego echa una ojeada a los edificios más cercanos, las tiendas, los restaurantes, las ventanas, los balcones, las fachadas... Ese primer día del verano todo está teñido de un cierto encanto, en la luminosidad tenue y la atmósfera cálida. La mujer lo aprecia, no obstante su fastidio, y hace un gran esfuerzo para serenarse, dejando que su mirada descanse contemplando blandamente la gente que pasa, los niños, las primeras fa-

rolas que se encienden, las copas de los árboles y los callejones que se cruzan entre sí. Suspira con cierto aire de conformidad, e incluso se dibuja en la comisura de sus labios un amago de sonrisa extraña.

Girando el volante hacia la derecha, pregunta el taxista:

—¿Por aquí, señora? ¿Aquí me dijo usted? —Detiene el vehículo al principio de una calle céntrica.

—Sí, ahí es. Justo ahí enfrente, cruzando la calle.

Ella abre la puerta y hace ademán de salir, pero inmediatamente se vuelve:

—Deme su tarjeta, con el número de su teléfono —le dice al taxista—. Mañana haré como hemos quedado: le llamaré e iré a pagarle el importe del viaje. Aunque, si lo prefiere, puede esperar a que suba a mi casa a por el dinero... Ya sabe que no llevo nada encima...

—¡Oh, no! ¡Por favor, señora! ¡Faltaría más! Ande, suba a su casa, que estarán preocupados... Además, hay aquí mucho tráfico. Y no hace falta que sea mañana mismo; cuando usted quiera, señora, cuando pueda... ¡Cómo no me voy a fiar! Tratándose de usted... Ya se lo he dicho: ¡no sabe cómo la admira mi mujer! Bueno, ¡y yo! ¡No sabe cómo se la admira en casa! Encantado de poder hacerle este favor y lo que sea preciso, señora...

—Gracias, muchas gracias. Mañana sin falta iré a pagarle. No me gusta dejar estas cosas, que se olvidan...

Ella cruza la calle de prisa, lanzando ojeadas a un lado y otro, consciente de que su atuendo resulta del todo estrafalario. La casa es una vivienda unifamiliar, con una fachada sobria, elegante; cuatro balcones en el piso alto y una puerta flanqueada por ventanas. Como no tiene la llave, no le queda más remedio que llamar al timbre del telefonillo. Nadie contesta; se impacienta e insiste una y otra vez, sin dejar de mirar hacia los lados.

—¿Quién es? —responde al fin metálicamente una voz femenina.

—¡Abre, corre, abre, que soy yo!

—¿Quién?

—¡Mamá!

—¡Ah, mamá!

Un instante después, se abre la puerta y aparece una chica adolescente, de unos dieciséis años:

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! —exclama—. ¡Ha venido la policía!

—Vamos, vamos adentro, hija.

—Pero... ¡Mamá! ¿Por qué llevas ese mono horrible? ¡Mamá, por favor, ¿qué ha pasado?!

—Entra, entra, que ya te contaré...

* * *

Hacia la medianoche, la mujer ya se ha duchado, ha cenado y, vestida con una bata ligera, está mirando por la ventana de la cocina de su casa, que se abre sobre los tejados de los extremos del barrio viejo. Clava los ojos en la oscuridad con un vago desasosiego, como si estuviera requiriendo de ella ayuda para poner en orden sus pensamientos. Es una mujer atractiva, cuya belleza acentúa el pelo corto, muy negro y brillante, que deja libre un cuello esbelto y una clavícula delicada, perfecta. Incluso aquella bata simple, casi blanca, le aporta un aire de distinción, no obstante el cansancio, la confusión y el halo de disgusto después de lo sucedido esa tarde.

Su hija está sentada junto a la mesa de la cocina. Ha estado llorando hasta hace un instante, pero ahora se ha calmado y únicamente refunfuña:

—No me lo puedo creer, mamá... ¡Imposible!

—Qué sí, Marta, créeme. ¿Cómo me voy a inventar algo así? Parece cosa de película, pero es verdad: tu padre nos dejó allí, en mitad del campo, sin coche, sin ropa, sin teléfono y sin dinero. Tuvimos que ir caminando descalzos cinco kilómetros, hasta Valdecañas del Tajo, y pedir auxilio en

un bar... ¡Qué vergüenza! En mi vida, Marta, he pasado una vergüenza así... ¡Creí que me moría!

La muchacha mira a su madre desde un abismo de confusión y tristeza. Es morena, muy guapa; los ojos almendrados, grandes y sinceros; el pelo castaño oscuro, la nariz bien dibujada y una expresión de desvalimiento que da pena.

—Me parece una cosa horrible —dice, rascándose la cabeza—. Es que me cuesta creer que papá pueda hacer una cosa así. ¿Se ha vuelto loco?

—Eso parece, hija, loco de remate. A mí también me cuesta creerlo, pero no me cabe la menor duda de que fue él.

Marta, al oírle decir eso, levanta hacia su madre unos ojos iluminados por una incipiente esperanza.

—A ver si no ha sido papá... ¿Y si ha sido un ladrón? —aventura.

La madre la mira y menea la cabeza.

—¿Un ladrón? ¡Vamos, Marta! ¡Ha sido tu padre! —contesta con desdén.

—Pero... ¿tú le viste? Mamá, ¿le viste?

—No, no le vi. Ya te he contado como fue: estábamos nadando, muy adentro del pantano, y no nos dimos cuenta hasta que a Alberto le dio por volverse y vio que el coche iba ya lejos, por la cuesta arriba a toda velocidad...

—¿Y Alberto vio que era papá?

—No, solo vio el coche, como yo. Había demasiada distancia.

—Pues no era papá... —asegura Marta, con un suspiro de alivio y sonriendo—. No seas malpensada, mamá, que ha sido un ladrón. ¡Seguro que fue un ladrón!

—Marta, hija, ¡qué ingenua eres! Ha sido tu padre, con el único fin de hacerme daño. Él sabía que Alberto iba a venir el fin de semana y que iríamos a comer a Trujillo. ¿No te das cuenta? Cogió un taxi, nos estuvo siguiendo de lejos, para que no nos diéramos cuenta, y cuando vio que íbamos

hacia Valdecañas del Tajo... En fin, Marta, que no quiero darte detalles, que eres pequeña aún para tener que saber todo esto...

Se produce un silencio raro, en el que madre e hija se miran. Luego Marta baja la cabeza, fija sus ojos en la mesa y pregunta:

—¿Y para qué ha venido la policía entonces si papá no vive aquí?

—Pues para investigar. Seguramente, para ver si yo había llegado ya. Pero ya he llamado para decir que estoy en casa y que sigo adelante con la denuncia.

—¿Le has denunciado? ¿Has denunciado a papá? ¡Mamá!

—He hecho lo que se debe hacer, Marta.

Se hace un silencio incómodo.

—¿Y estabais bañándoos desnudos? ¿Alberto y tú? — pregunta la muchacha, tímidamente, con un hilo de voz.

—¡Marta, que no te voy a dar detalles! Vámonos a dormir... Ha sido un día horrible...